

den natural, por un análisis continuo, con nociones expresivas, es imitación de las matemáticas, que pasan del cálculo con los dedos al cálculo con cifras, luego al cálculo con letras, y que llamando á la vista al auxilio de la razón, pintan la analogía íntima de las cantidades con la analogía exterior de los símbolos. De esta manera la ciencia perfecta acabará por un idioma bien hecho (1).

Merced á esta destrucción del procedimiento ordinario, damos de mano á todas las discusiones sobre epítetos, nos ponemos á cubierto de las ilusiones de la palabra humana, simplificamos el estudio, rehacemos la enseñanza, aseguramos los descubrimientos y ponemos todas las ciencias al alcance de todos los espíritus.

V

Así es como se necesita proceder en todas las ciencias, y muy notablemente en las morales y políticas. Considerar por turno cada esfera distinta de la acción humana, descomponer nociones capitales bajo las cuales la concebimos, las de religión, sociedad y gobierno, las de utilidad riqueza y cambio, las de justicia derecho y deber; remontarnos á los hechos tangibles, á los primeros experimentos, á los sucesos más sencillos en los cuales están incluidos los elementos de la noción; sacar de ellos los preciosos veneros sin omisión ni mezcla, recomponer con los mismos la noción, fijar su sentido, determinar su valor, sustituir la idea vaga y vulgar de la

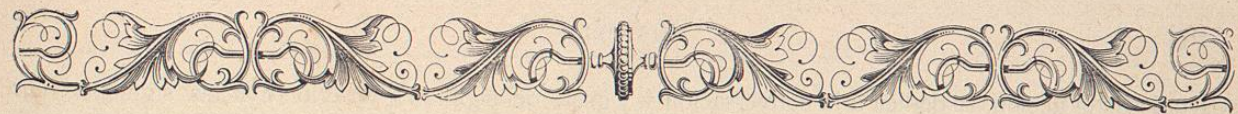
(1) Condillac, especialmente en sus dos últimas obras, la *Lógica* y el *Idioma de los cálculos*.



Luís de oro de Luís XV, con las armas de Francia y de Navarra

cual se partió, con la definición precisa y científica á que se ha llegado y el metal impuro que se recibió con el metal fino que se obtiene, hé ahí el método general que los filósofos enseñaron entonces con el nombre de análisis, y que reasume los progresos de todo el siglo.

Hasta aquí, pero no más que hasta aquí, tienen ellos razón; toda verdad está encerrada en las cosas observables, y de ellas únicamente es de donde se la puede extraer; no hay otro camino que conduzca á los descubrimientos. Ciertamente que la operación no es fructuosa sino á condición de que la ganga sea abundante y de que se tengan los procedimientos de su extracción; para tener una exacta noción del Estado, de la religión, del derecho, de la riqueza, necesario es ser previamente historiador, jurisconsulto y economista, haber recogido millares de hechos y poseer, además de una vasta erudición, una perspicacia muy ejercitada y especial. Ciertamente también que si sólo medianamente se tienen estas condiciones, la operación sólo da incompletos resultados ó de dudosa ley, bocetos de ciencias, los rudimentos de la pedagogía con Rousseau, de la economía política con Quesnay, Smith y Turgot, de la lingüística con De Brosses, de la aritmética moral y de la legislación penal con Bentham. Ciertamente, finalmente, que si no se posee ninguna de aquellas condiciones, la propia operación practicada por empíricos de gabinete, por aficionados de salón y por charlatanes de callejuela, no conduce más que á compuestos dañosos y explosiones mortíferas. Pero una buena regla siempre es buena, aún después de mal usada por la ignorancia y la precipitación; y si hoy volvemos á proseguir la obra deficiente del siglo XVIII es dentro de los contornos que él nos ha transmitido.



CAPITULO II

Segundo elemento, el espíritu clásico. — Sus indicios, su duración, su pujanza. — Sus orígenes y su público. — Su vocabulario, su gramática, su estilo. — Su procedimiento, sus méritos, sus defectos. — Su vacío originario. — Indicios de este vacío en el siglo XVII. — Se acrecienta con el tiempo y el éxito. — Pruebas de este crecimiento en el siglo XVIII. — Poemas serios, teatro, historia, novela. — Limitada concepción del hombre y de la vida humana. — Conformidad del método filosófico. — La ideología. — Abuso del procedimiento matemático. — Condillac, Rousseau, Mably, Condorcet, Volney, Siéyes, Cabanis, de Tracy. — Exceso de simplificaciones y temeridad de las fundaciones.



ESTE grande y magnífico edificio de verdades nuevas, se parece á una torre cuyo primer piso repentinamente terminado hácese accesible al público en un momento dado. Éste sube al mismo y sus constructores le dicen que miren no á lo alto ni en los espacios, sino ante sí á su alrededor y hacia el suelo para que conozca en fin el país que habita. Verdaderamente el punto de vista es bueno y juicioso el consejo. Pero sería una conclusión errónea la de creer que el público ha de ver con exactitud; porque falta examinar aún el estado de sus ojos, saber si es présbite ó miope, si por hábito ó por naturaleza es ó no propia su retina para percibir ciertos colores. De igual modo nos falta examinar aún á los franceses del siglo XIX, la estructura de sus ojos interiores, esto es, la forma precisa de inteligencia que consigo llenan sin saberlo y sin quererlo á su nueva torre.

I

Esta forma precisa es el espíritu clásico y ella es la que aplicada á la ciencia adquirida del tiempo produjo la filosofía del siglo y las doctrinas de la Revolución. Se reconoce su existencia en diversos in-

dicios y especialmente en el estilo oratorio, regular, correcto, compuesto todo él de expresiones generales y de ideas correspondientes. Esta forma dura dos siglos, desde Malherbe y Balzac hasta Delille y M. de Fontanes; durante tan largo período ninguna inteligencia, excepción hecha de dos ó tres y aún eso en memorias secretas como en las de Saint-Simon ó en cartas familiares como las del marqués y el baile de Mirabeau, se atreve ni puede sustraerse á su imperio. Lejos de terminar con el antiguo régimen, es el molde del cual salen todos los discursos, todos los escritos, hasta llegar á las frases y al vocabulario de la Revolución. Después, ¿hay algo más eficaz que un molde previo, impuesto y aceptado en el que todos los espíritus se encierran, en virtud del carácter, de la educación y de la tradición; para pensar? Esta es, pues, una fuerza histórica de primer orden. Para mejor conocerla, veamos como se forma. Ella se establece al propio tiempo que la monarquía regular y la conversación atildada, y las sigue no accidental sino naturalmente. Porque es cabalmente la obra del nuevo público formado entonces por el nuevo régimen y las nuevas costumbres; esto es, la aristocracia desocupada por la invasora monarquía, gente bien nacida, bien educada que,

apartada de la acción, se dedica á la conversación y ocupa sus ocios paladeando todos los placeres serios ó delicados de la inteligencia (1).

Al fin no tendrán más destino que este ni otro interés; charlar, escuchar, entretenerse con amenidad y soltura con todos los asuntos graves ó fútiles que pueden interesar á los hombres y hasta á las mujeres de la buena sociedad; hé ahí su gran ocupación. En el siglo XVII se les llama «las gentes honradas» y á ellas es á quienes desde entonces se dirigen los escritores, áun los más abstractos. «El hombre decente,—dice Descartes,—no necesita haber leído todos los libros ni haber aprendido cuidadosamente todo cuanto se enseña en las escuelas;» y titula su último tratado «Investigación de la verdad, según la razón natural que por sí sola y sin auxilio de la religión ni de la filosofía determina las opiniones que ha de tener un *hombre honrado* sobre todo lo que debe formar el objeto de sus pensamientos.» Por otra parte, el mismo Descartes menosprecia «los simples conocimientos adquiridos sin el auxilio del razonamiento, tales como los idiomas, la historia, la geografía, y en general, todo lo que sólo depende de la experiencia... No es un deber mayor en un hombre honrado el saber el griego y el latín que el suizo ó el bajo bretón, ni la historia romano-germánica que la del más insignificante Estado de Europa.» En efecto, de uno á otro extremo de su filosofía, no exige de sus lectores más preparación que «el buen sentido natural» unido á la porción de experiencia adquirida con la práctica del mundo. Como ellos son quienes forman el auditorio, ellos son los jueces «El gusto de la corte es el que necesita estudiarse,—dice Moliere en *Les femmes savantes* y la *Critique de l'école des femmes*; no hay sitio alguno en que sean tan exactos los juicios... Con el natural buen sentido y el comercio de toda la buena sociedad, hase tornado en ella una especie de inteligencia que mi comparación juzga más sagazmente las cosas que toda la enmohecida ciencia de los pedantes.» A partir de este instante puede decirse que el árbitro de la verdad y del gusto no lo es ya como antes el erudito Scaliger, por ejemplo, sino el hombre de mundo, un Larocheffoucauld ó un Treville; y en tanto es así, que el docto Huet que había conservado el

(1) Voltaire, DIC. FIL., artículo IDIOMA. «De todos los idiomas de Europa el francés ha de ser el más general por ser el más propio de la conversación. Ha tomado su carácter del carácter del pueblo que la habla. Los franceses han sido, de unos 150 años á esta parte, los que más conocieron la sociedad y que apartaron antes que nadie todas sus trabas.... Es una moneda de mayor curso que las demás, áun en el caso de estar falta de peso.»

gusto del siglo XVI, describe con las siguientes palabras este cambio, bajo su punto de vista. «Cuando ingresé en el círculo de las letras todavía estaban florecientes; conservaban su gloria elevados personajes. He visto las letras declinar y caer al fin en una decadencia casi completa.» El pedante y después el sabio, el especialista quedan sin influencia alguna como todos los verdaderos eruditos tales como Duncange, algunos benedictinos como Mabillon y más tarde el académico Fréret, Brequigny y el presidente Bouhier en Dijon. «La verdadera gente decente, decía Nicole, según Pascal, no quiere enseñanza. No se la puede comprender. No se titulan poetas ni geómetras, pero juzgan sobre una y otra cosa» (1).

En el siglo XVIII su autoridad es soberana. En la gran multitud compuesta de «imbéciles» y moteada de pedantes toscos, hay, dice Voltaire, «un pequeño grupo á parte que se llama *la buena sociedad*; siendo este grupo rico, bien educado y atildado es como la flor del género humano; para él es para quien han trabajado los más grandes hombres y él es quien forma las reputaciones.» La admiración, el favor, la importancia corresponden no á los que son dignos de ellos sino á los que á ese grupo se dirigen. En 1789, decía el abate Maury, la Academia francesa era la única que gozaba consideración en Francia y daba realmente una posición. La de ciencias nada significaba en la opinión y otro tanto sucedía con la de inscripciones... Los idiomas son la ciencia de los necios. De Alembert se avergonzaba de pertenecer á la Academia de Ciencias. Un matemático, un químico, etc., sólo son escuchados por un puñado de hombres, el literato, el orador, se dirigen al Universo.» Y este mismo Maury con su acostumbrada brutalidad, añadía: «En la Academia francesa miramos los miembros de la de Ciencias, como á nuestros criados.» Y estos criados eran entonces Lavoisier, Fourcroy, Lagrange, Laplace y otros. Bajo tan fuerte presión, necesario es que el espíritu se arroje á la corriente oratoria y literaria y se amolde á las exigencias, á las conveniencias, á los gustos, al grado de atención é instrucción de su público. De ahí el molde clásico, formado como lo está por el hábito de hablar, escribir y pensar para un auditorio de salón.

Esto se ve al instante en el estilo y en el idioma. Entre Amyot, Rabelais y Montaigne por un lado, y Chateaubriand, Víctor Hugo y Honorato de Balzac

(1) Nicole, *Obras morales*, segundo tratado de la caridad y del amor propio, 142.

por otro, nace y muere el francés clásico. Desde el origen tiene su nombre, es la lengua de la gente decente, está hecha no solamente para ella sino por ella; y una prueba de esto último nos la da Vaugelas cuando en sus *Observaciones sobre la lengua francesa*, dice: «Esta es la manera de hablar de lo mejor de la corte, de conformidad con el modo de decir de los mejores autores de la época... Es preferible consultar á las mujeres y á los que no han estudiado, que á los que están muy versados en los idiomas griegos y latino.» Y este mismo Vaugelas, no se dedica durante treinta años sino á registrar las resoluciones «del buen uso.» Por esta razón el idioma en todas sus partes, así en el vocabulario como en la gramática se reforma, y practica esta reforma con arreglo al modelo de su espíritu que es el espíritu reinante. En primer lugar se aligera el vocabulario. Se excluyen del discurso la mayor parte de las palabras que sirven á la erudición especial y á la experiencia técnica, las expresiones, sobre todo, latinas ó griegas, los términos propios de escuela, de ciencia, de oficio, de utensilios, todo lo que sabe harto vivamente á una ocupación ó profesión particular y no es corriente en la conversación general. Se separan de él muchas palabras expresivas y pintorescas, todas las que son descarnadas, galas ó familiares, todas las locales y provinciales ó personales é inventadas, todas las locuciones familiares ó proverbiales, hasta el punto de que su uso fué una de las causas de haber caído en desgracia el marqués de Argenson en el siglo XVIII muchos giros familiares, rudos y francos, todas las metáforas atrevidas y agudas, casi todas las maneras de decir inventadas y precisas que por su brillo instantáneo hacen brotar en la imaginación la forma pintada exacta y completa de las cosas, pero cuya impresión harto viva choca con las conveniencias de la conversación atildada. «Basta una palabra mala, decía Vaugelas, para hacer que en una reunión se desprecie á una persona,» y en vísperas de la Revolución una mala expresión denunciada por la señora de Luxembourg arroja todavía á un hombre á la categoría de las «especies» porque el buen lenguaje continúa formando parte de las buenas formas. Con este incesante escarbar el idioma se reduce y palidece: Vaugelas cree ya que se han suprimido la mitad de las frases y palabras de Amyot (1).

(1) «Aunque hemos suprimido la mitad de sus frases y de sus palabras, no por ello dejamos de hallar en la mitad restante todas las riquezas de que nos envaneecemos y que ostentamos.»—Compárese el vocabulario de dos ó tres escritores del siglo XVI con el

Menos en la Fontaine genio espontáneo y aislado que vuelve á abrir las antiguas fuentes, menos en la Bruyère, investigador atrevido que abre una fuente nueva, menos en Voltaire, verdadero demonio que en sus escritos anónimos ó seudónimos afloja la rienda á la violencia y crueldad de su verbosidad, como sucede, por ejemplo, en el artículo *Ignorancia*, del *Diccionario filosófico*, caen en desuso las palabras precisas ó exactas. Cierta día, en un discurso pronunciado en la Academia; suelta Gresset cinco ó seis de ellas en que se trataba, según creo, de carruajes y tocados, discurso que puede verse en el *Curso de la literatura*, de La Harpe; estallaron inmediatamente prolongados murmullos, se había vuelto provincial y perdido el tono en su largo re-
tramiento. Gradualmente se llega á no componer el discurso sino con «expresiones generales.» Hasta se emplean, según el precepto de Buffon, para designar los objetos particulares. Ello es más conforme á la urbanidad que borra, atenua y evita los cuentos rudos y familiares y á la que muchas ideas parecerían groseras ó triviales si no se las velara á medias. Ello es más cómodo para la atención perezosa; no hay como los términos generales de la conversación para despertar al instante las ideas corrientes y comunes; cualquier hombre las comprende en el mero hecho de ser de necesidad; por el contrario los términos particulares exigirían un esfuerzo de memoria ó de imaginación; si digo á propósito de los salvajes ó de los antiguos francos, «el hacha de guerra» todos lo comprenden al momento, pero si digo «el tomahawk» ó «la francisca» muchos creerán que hablo teutón ó iroqués. Por tomar un ejemplo al acaso, hallamos en el *Optimista*, de Colin de Harleville, la siguiente indicación: «La escena representa un bosque lleno de árboles odoríferos.» Hubiera sido contrario al espíritu clásico el decir qué árboles eran esos, si lilas, tilos, abetos, etc. Lo mismo en los lienzos representando paisajes; los árboles no pertenecen á ninguna especie determinada; son árboles en general. En este punto, cuanto más elevado es el género, mayor es también el escrúpulo. Toda palabra propia queda desterrada de la poesía; cuando se tropieza con alguna de ellas, necesario es esquivarla ó reemplazarla con una perifrasis. El poeta del siglo XVIII casi no tiene á su disposición sino una

de otros dos ó tres del XVII. Si se practica pluma en mano esta operación con 100 páginas de ambos textos, se verá cuán sorprendente es la diferencia. Para ello tómense, como ejemplo, dos escritores del mismo género y de segundo orden, tales como Charron y Nicole.